



El último vampiro



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Willis Hall, 2012

© de las ilustraciones,
Babette Cole, 2012

© de la traducción,
Álvaro Forqué, 2012

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015

Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición | junio 2012

Tercera edición en Chile | enero 2018

ISBN | 978-956-247-947-9

Impreso en China / Printed in China

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

El último vampiro

WILLIS HALL

Ilustraciones de Babette Cole

Capítulo 1

—Lo que más me asombra —dijo Albert Hollins, lanzando una mirada por encima de su hombro hacia el asiento trasero, donde estaba sentada su esposa— es que ni siquiera sepas en qué país estamos, ¡por no decir en qué carretera!

Su viejo auto familiar, ya algo oxidado y cubierto de polvo, con el maletero rebosante de material para camping, estaba precariamente estacionado en un camino estrecho, zigzagüeante y desigual, flanqueado por un interminable barranco y por un espeso y sombrío pinar.

Emily Hollins, sumergida como estaba bajo innumerables mapas turísticos desplegados, libros de carretera abiertos y guías de todo tipo, no intentó siquiera llevar la contra a su marido.

—No es fácil —replicó— saber exactamente en qué lugar de Europa estás; cuando uno va por el continente no es como cuando se conduce por Inglaterra.

Sr. Hollins, desesperado, sacudió la cabeza y miró a Henry, el hijo de ambos, que estaba sentado a su lado.

—¿Qué está diciendo tu madre? —dijo, y añadió—: ¿Tú la entiendes? ¡Que me cuelguen si yo puedo hacerlo!

Henry, que no tenía ganas de tomar partido, se encogió neutralmente de hombros.

—Lo que quiero decir es que, cuando vas por Europa, cruzas tantas aduanas y fronteras que es difícil saber dónde está una exactamente —dijo Emily.

De pronto dejó de hablar para devolver la imperturbable mirada a una cabra montesa que pasaba por allí, masticando metódicamente su hierba, y que se había detenido a mirar por la ventana posterior del auto. Emily no prosiguió hasta que la cabra, abrumada por su forma de mirar, se marchó.

—Cuando una circula por Inglaterra, una sabe que está en Inglaterra hasta llegar al mismo mar.

Albert Hollins suspiró y sus mejillas se hincharon:

—Seguro que al menos tendrás una vaga idea de dónde estamos, ¿no, Emily? —dijo—. ¿Bélgica? ¿Austria? ¿Alemania? ¿Francia?

Emily Hollins dejó resbalar su índice por un gran mapa de Europa y decidió confiarse al azar.

—Ene tene tu... —empezó.

—¡Eso no sirve de nada! —gimió Albert—. ¡Ni siquiera sé qué estamos haciendo aquí! ¿Quién nos ha mandado venir? ¿Por qué no podíamos haber ido al hotel Miramar, en Cockleton-on-Sea, como toda la vida? Allí no nos hemos perdido nunca; lo único que teníamos que hacer era cruzar el paseo marítimo para llegar a la playa. ¿No es verdad, Henry?



Henry se restregó contra el asiento y lanzó otro gruñido de no compromiso.

—Tú tienes la culpa de todo, Emily —prosiguió Albert—. ¡Me di cuenta de que estábamos metidos en un lío en cuanto trajiste aquellos folletos turísticos a casa! ¡Entonces empezaron nuestros problemas!

Todo comenzó una tarde calurosa en la que Emily Hollins volvía a casa después de su compra semanal en el supermercado. Un repentino chaparrón la obligó a buscar refugio, una bolsa de plástico llena hasta arriba en cada mano, en una agencia de viajes próxima. Una vez dentro, en lugar de quedarse mirando como una tonta el agua que golpeaba los cristales, dirigió su atención hacia los montones de folletos de propaganda que anunciaban:

¡DOS ESPLÉNDIDAS SEMANAS DE SOL
EN EL ALGARVE!
¡QUINCE DÍAS TREPIDANTES EN NUEVA YORK Y
MIAMI!
¡LUJOSAS VILLAS INDEPENDIENTES EN
LAS ISLAS BARBADOS!
¡PLAYAS BAÑADAS POR EL SOL EN EL
GOLFO DE NÁPOLES!
¡ESPECTACULARES VIAJES EN AUTO
DE LÍNEA POR EL TIROL AUSTRIACO!

Y allí, en ese momento, mientras pasaba las páginas, un nuevo y mágico mundo se abrió ante Emily Hollins.

Cuando la lluvia que caía sobre High Street pasó a ser una persistente llovizna, Emily cogió todos los folletos que pudo meter en sus ya repletas bolsas de la compra y se los llevó a casa.

Durante semanas y semanas, Emily pasó todo su tiempo libre estudiando detenidamente los folletos. Mientras tomaba café después de levantarse, jugaba con la idea de hallarse en una playa bordeada por palmeras. Mientras mordisqueaba el huevo duro con que comenzaba sus comidas los días laborables, soñaba con ensaladas Waldorf servidas junto a la piscina de algún gran hotel de California. Y cuando, ya sentada en la cama, Albert le pedía que apagara la luz, ella pasaba aún unos momentos preciosos repasando folletos, hasta que, por fin, se echaba a dormir y

soñaba que se hallaba en la cabina de primera clase de un avión nocturno rumbo a Torremolinos.

La abnegación de Emily dio por fin sus frutos. Una vez pasadas las lluvias de abril y llegado mayo —que traía aún más lluvia—, la familia Hollins llegó a una conclusión. Ese año decidió que en lugar de su acostumbrado veraneo en Cockleton-on-Sea, ¡levantarían el vuelo e irían al extranjero!

Y no un viaje cualquiera al extranjero: ¡unas vacaciones de *camping*! Quince días completos durante los cuales no estarían atados a ningún hotel, sino que podrían viajar libremente, adonde los llevara su capricho, gozando de las maravillas de Europa.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos, Emily? —preguntó Albert por enésima vez, mientras el auto jadeaba y se sacudía subiendo la montaña.

Emily lo pensó mucho:

—Alemania —dijo por fin.

—¿Estás segura?

Se produjo una larga pausa.

—Casi segura. Creo que en Bélgica torcimos a la derecha y luego otra vez a la derecha cuando llegamos a aquel precioso mercadillo donde compramos las cebollas.

—No eran cebollas, eran ajos —gruñó Albert, que aún conservaba un amargo recuerdo y el regusto de un pastel de queso y ajo que Emily le había preparado dos noches antes.

—Parecían cebollas —dijo Emily—. ¿Cómo iba a saberlo? En fin, creo que fue allí donde nos equivocamos. Debe-

ríamos haber tomado a la izquierda y luego a la izquierda otra vez para ir a Francia, pero fuimos a la derecha y luego otra vez a la derecha. Estoy casi segura de que estamos en Alemania, ahora que lo pienso, ¿sabes, Albert?

—¿Ah, sí? —dijo Albert—. ¿Y qué te lleva a pensarlo?

—¿Recuerdas el último puesto fronterizo que pasamos? ¿Ese que tenía alambradas y una garita tan preciosa medio cubierta de rosales?

—No —dijo Albert, sacudiendo lentamente la cabeza.

—¡Cómo no te vas a acordar! ¡Seguro que sí, hombre! ¿A que tú te acuerdas, Henry? ¿Sabes, esa donde el guardia gritaba tanto cuando papá le enseñó los pasaportes?

—¡Ah, ya! —dijo Albert, antes de que Henry tuviera tiempo de replicar—. De eso me acuerdo. Uno que se puso colorado y movía las manos. No creo que nos hubiera dejado pasar si no llego a ser más rápido que él y acelero tan de prisa como lo hice.

—Estoy absolutamente segura de que era alemán —dijo Emily.

—¿Por qué lo crees?

—Por lo que decía.

—Pero si tú no entiendes alemán —dijo Albert intrigado.

—No —dijo Emily—. Pero sonaba a alemán. Y, además, tenía un bigote típicamente alemán.

Albert Hollins suspiró, sacudió la cabeza, desesperado, y se volvió hacia su hijo:

—Ya sabía yo que teníamos que ir a Cockleton-on-Sea —dijo—. La vida hubiera sido mucho más fácil: un chapuzón en el mar, una siestecita en la tumbona y vuelta al Miramar para comer una parrillada y unas verduritas. Y en lugar de eso, aquí estamos, en algún lugar de Europa, trepando montañas, con tu madre de guía y copiloto. ¿Y qué descubrimos? ¡Que ha planeado nuestra ruta según sean los bigotes de la gente! ¡Yo me rindo! ¿Dónde crees tú que estamos?

Henry frotó la ventanilla cubierta de polvo con la base de su mano cerrada, pero la suciedad estaba por fuera. Bajó la ventana y se asomó.

El escenario no había cambiado sustancialmente desde la última vez que Henry lo había mirado. El barranco rocoso, impresionante pero peligroso, corría a un lado del auto, mientras que en el otro, el oscuro y cerrado bosque de pinos bordeaba la tortuosa carretera hasta donde alcanzaba la vista, silencioso e impenetrable.

—Yo tampoco sé dónde estamos, papá —anunció Henry—. Pero, desde luego, se parece más a Alemania que a Francia.

Albert Hollins giró violentamente el volante para resolver una curva supercerrada. Se dio cuenta de que la desigual carretera de montaña se estaba volviendo más empinada y estrecha. Y más aún: ahora que la ventanilla del auto estaba abierta, Albert notó en el aire una humedad que anunciaba niebla. Además, el sol se dirigía hacia la

cresta de una montaña lejana, y el anochecer no tardaría en llegar.

—Tenemos que encontrar un prado o una granja o cualquier sitio para acampar lo antes posible —murmuró Albert.

—Una taza de té, eso es lo que más deseo —dijo Emily.

—Estén alertas los dos por si ven algún camino —dijo Albert.

—Acabamos de pasar uno —dijo Emily.

—¿Cómo?

—Un camino. Un camino que se perdía en el bosque.

—Yo no lo vi. ¿Lo has visto tú, Henry?

—No, papá.

—Yo sí lo vi —dijo Emily con firmeza—. Sin lugar a dudas. Te advierto que no es más que un sendero. Pero el auto puede pasar.

Albert Hollins lanzó una mirada de desconfianza a su mujer por encima del hombro, pero, al mismo tiempo, metió la marcha atrás y el auto empezó a retroceder lentamente por el camino de montaña.

Emily tenía razón. Había, efectivamente, un desvío que entraba en el bosque. Y no era extraño que ni Albert ni Henry lo hubieran visto. No podía llamarse a aquello camino, sino más bien un paso de carretas abandonado y casi cubierto de agujas de pino caídas. Las grandes ramas de los pinos formaban un espeso dosel sobre el paso, que ni un rayo de sol había traspasado durante años y años; delante de ellos, en el bosque, no había más que absoluta oscuridad.



Albert conectó las luces altas y avanzó suavemente, dejando la carretera de montaña para introducirse en el hueco abierto entre los altos árboles.

—Mira, hay una entrada —dijo Henry.

—¿Dónde? —preguntó Albert.

—Ahí —Henry señaló el lindero del bosque.

Albert frenó y miró el punto señalado por Henry.

Ahora, a la luz de los faros, pudo ver un par de pilastras de piedra cubiertas de musgo y enredaderas. Tenían una altura de tres metros o algo más, y se perdían entre las ra-

mas bajas de los pinos. Sobre el poste de la izquierda había una especie de estatua medio desmoronada. «En tiempos debió de ser una especie de pájaro siniestro», pensó Albert, sentado sobre la bola con las alas desplegadas, aunque las alas hacía mucho que habían desaparecido. En el poste de la derecha solo se veían los restos de una esfera, sobre la cual, supuso Albert, hubo una vez otro pájaro esculpido en la piedra. Debieron de existir, en tiempos ya olvidados, unas puertas de hierro, pero seguramente se oxidaron, o se las llevó algún ladrón muchos años atrás. Albert hizo avanzar suavemente el auto entre los decrepitos postes y luego fue agarrando velocidad, haciendo crujir la gruesa alfombra de agujas de pino que cubría la pista.

El cono luminoso de los faros se introducía entre los troncos que bordeaban el sendero por delante de ellos, pero, a ambos lados del auto, la oscuridad los cercaba, opresiva y sombríamente. Habían dejado atrás el atardecer, y no había a la vista ni rastro de sol. Más bien todo lo contrario, porque, cuanto más se introducían en el bosque, más oscuro y siniestro se volvía. La pista que habían tomado creyendo que iba a conducirles rápidamente a un lugar despejado, parecía tener un carácter peculiar y se curvaba y giraba, e incluso a veces volvía sobre sí misma. Pero no quedaba más remedio que seguir adelante, aunque el estrecho paso se iba volviendo cada vez más retorcido y, al igual que el bosque, parecía no tener fin.



En Cockleton-on-Sea nunca les hubiera ocurrido nada semejante, juzgó Albert para sus adentros. De hecho, durante sus vacaciones anuales no había necesidad alguna de ponerse al volante, excepto cuando paseaba en los vehículos del muelle. Al año siguiente la cosa iba a ser distinta, pensó Albert. Iba a ser sensato. Con folletos turísticos o sin ellos. ¡El verano siguiente lo pasarían en el viejo conocido hotel de su confianza, probado y comprobado, en el Miramar! Albert sonrió de placer con solo imaginarlo.

También Emily estaba callada. Unas vacaciones de *camping* estaban bien, se decía a sí misma, pero sentía que esta vez se había dejado convencer demasiado fácilmente. Al año siguiente iba a ser sensata, e irían a veranear a un hotel decente. ¡Pero no al aburrido pueblo del

Miramar! No, Emily sabía exactamente a qué lugar pensaba ir al año siguiente. Se había detenido a estudiarlos tantas veces que ahora los folletos turísticos se abrían automáticamente por la página justa. Se trataba de un enorme hotel de la costa española. Tenía ochocientas habitaciones, cada una con su cuarto de baño y su terraza para tomar el sol; había dos piscinas, tres comedores y un bar que estaba abierto durante la temporada alta. ¡En el folleto había una foto a todo color que mostraba a los felices ocupantes de las ochocientas habitaciones disfrutando en la dorada playa bañada por el sol, con el gigantesco hotel al fondo, pintado de rosa y blanco y ofreciendo al mundo el aspecto de una enorme y succulenta tarta de cumpleaños! Emily se permitió una secreta sonrisa como anticipación del placer que la esperaba.

También Henry Hollins callaba. Pero los pensamientos que cruzaban su mente no tenían nada que ver con las vacaciones del año venidero. Henry estaba demasiado preocupado por lo que ocurría en esos momentos a su alrededor.

Miraba con la boca abierta, a través del hueco de la ventanilla, hacia la profundidad del bosque, donde, brillando intensamente en la oscuridad, distinguió dos pares de ojos que lo miraban fijamente. Luego, cuando su vista se hubo acostumbrado a la oscuridad, empezó a ver más ojos inmóviles que le devolvían la mirada sin pestañear. Y todos ellos estaban tan asombrosamente lejos del auto que no se podía distinguir a quién pertenecían. Estaban demasia-

do altos para que pudiera tratarse de animales terrícolas como ratas, conejos o zorros. Por otra parte, no estaban suficientemente altos como para pertenecer a seres humanos. A menos, claro, que pertenecieran a unos seres humanos muy pequeños. ¿Pigmeos? ¡Por supuesto que no! No había ni un pigmeo en el continente. ¿Y si se tratara de una raza de enanos de bosque? ¡Todavía más ridículo! No, Henry estaba convencido de que los ojos pertenecían a alguna clase de animal. De acuerdo, ¿y qué animales estaban casi a un metro de altura y vivían en los bosques europeos? A Henry se le ocurrió inmediatamente una respuesta. ¡Lobos! Henry tragó saliva.

¡Es que no podía ser! La idea era demasiado inverosímil para hablar de ella en voz alta. En primer lugar, no quería asustar a su madre y, en segundo lugar, estaba seguro de que su padre se echaría a reír.

Henry no dijo nada, pero, solo para estar seguro, cerró la ventanilla todo lo fuerte que pudo.

El auto seguía avanzando hacia el interior del bosque, que cada vez se cerraba más.

Capítulo 2

—¿**E**stás segura de no haber visto un mazo de madera cuando recogimos esta mañana el campamento? —dijo Albert, que sujetaba en una mano un viento de la carpa y en la otra una clavija que no sabía con qué clavar al suelo.

Emily sacudió la cabeza.

—Yo no la he tocado, Albert —dijo—. Lo que no encuentro yo —prosiguió mientras rebuscaba en el maletero del auto— es esa cosita de alambre enrollado sobre la que se pone la tetera al fuego. ¿No recuerdas haberla visto durante estos últimos viajes?

Albert sacudió la cabeza enérgicamente.

—¿Va todo bien, Henry? —llamó.

—¡Sí, papá! —La apagada voz de Henry venía del otro lado de los pliegues de la carpa a medio plantar, donde sujetaba, de momento, uno de los palos centrales.

Albert Hollins se desplazaba a cuatro patas en busca del mazo perdido, mientras Emily se hundía más y más en el maletero buscando la «cosita de alambre enrollado» sin la cual no se podía poner a calentar la tetera.

Los Hollins estaban acampando.

El abrupto sendero que cruzaba el bosque se había abierto de pronto, con gran alegría suya, a un espacio que dejaba entrar la luz anaranjada del ocaso. Albert había detenido el auto y los tres se habían abalanzado al exterior, apareciendo en una pendiente cubierta de hierba que se extendía hasta una desigual pared rocosa que dominaba la zona, medio sumergida en la penumbra del atardecer.

Y así, con el auto estacionado al borde del bosque, intentaban tener la carpa montada y el té hirviendo antes de que se hiciera de noche.

